

LA ROMERIA DE LA VIRGEN DEL FARO

NICANOR RIELO CARBALLO

En el centro geográfico de Galicia se eleva la sierra del Faro, uno de los eslabones, el más importante, de la cadena de montañas, llamada por los geólogos la Dorsal Gallega. De norte a sur este pequeño macizo divide en dos partes lo que suele conocerse como la Galicia central, con su doble vertiente, directamente al Atlántico o al río Miño y sus afluentes. Con sus 1.177 metros de altitud, el pico más alto, el Faro es un verdadero y hermoso mirador. En días claros pueden divisarse las sierras más elevadas del país: hacia Compostela, el pico Sacro; por la parte oriental los picos de Ancares y la sierra de O Courel, y mirando hacia Ourense la serranía de Manzaneda y los picos que nos aproximan a Portugal.

Arriba, los vientos son fríos y a veces veloces, y la nieve cae varias veces durante el invierno, con lo que arbustos, matorral y monte raso nutren la alfombra vegetal. Sólo el pino, impuesto por el hombre, ocupa un pequeño sector. Siguiendo a un cronista del siglo XVIII, que lo reconoce como rico monte, señalemos su abundancia de pasto en uces, tojos, hiniestas y leguminosas, así como plantas aromáticas. Al fondo, en los valles que nacen a su sombra abundan las encinas, robles, castaños y en puntos más abrigados higueras, manzanos y otros frutales. Es grande el número de animales bravos y mansos. En el suelo predomina el granito, que no rompe la suavidad del paisaje.

Muy cerca de la ermita pasa la línea divisoria entre las provincias de Lugo y Pontevedra, perteneciendo pues parte del monte que la circunda a la parroquia de Santa Baia de Camba, lo que trajo disensiones entre sus vecinos y los de Requeixo por la posesión del santuario, abandonando hace ya algún tiempo aquéllos sus pretensiones. Tanto en tierras de Camba como en la comarca de Chantada la Virgen del Faro tiene sus mejores devotos.

En la mismísima cumbre, aunque no en el punto más alto, se levanta la ermita, como faro protector de todos los pueblos, incontables, que en lon-

tananza ven o vislumbran su silueta. Es posible que su antigüedad haya que llevarla al siglo VI, momento en el que se cristianizaron los castros y las cumbres. Hay quien opina que la devoción la introdujeron los eremitas, o más tarde, los cistercienses de Oseira, monjes tan comprometidos siempre con el culto mariano. Lo cierto es que en el siglo XIII los fieles subían al Faro a hacer oración, como nos lo demuestra el juglar Xoán de Requeixo. Y lo hacían con sencillez, como parte de su patrimonio pío y secular.

AL COMPAS DE LAS LEYENDAS

Es realmente curioso que en el origen que por parte del pueblo se le da al santuario no exista ningún relato que se refiera a la aparición de la Virgen a los pastores, que son los que desde siempre habitaron la serranía. Sólo se habla en uno del hallazgo de su imagen por parte de los mismos. En general todo lo que se nos transmite gira alrededor de su historia, historia imaginaria y devota, un caudal empujado por la fantasía, en el que con frecuencia la humanización del personaje es un anhelo más o menos velado y latente que los fieles necesitan expresar y rellenar. Para ellos María termina siendo una vecina más, pero no olvidemos, su poder acaba siempre imponiéndose. Ahí están los «milagros» que se le atribuyen, y las curaciones, todo engastado en el alma sensible de las gentes. No es extraño que alguien crea vislumbrar en alguna de estas narraciones un rescoldo del mundo de los tesoros, y en esta línea la «invención» o llegada de la imagen fue el más valioso de todos ellos.

El puesto inicial le corresponde a un corto romance que ya no se conserva completo. La Virgen, tan aislada en la soledad de la sierra, entre tojos y brezos, quiso colocar su morada en la proximidad de las aldeas, eligiendo la Pena da Cruz, no lejos del lugar de Gaive, en la parroquia de Requeixo. Como las mujeres siempre estaban riñendo, decidió mar-

charse y dejarlas. En efecto cogió el borrico y se subió al cabezo más alto y en él se estableció. Desde allí, alcanzando O Mirante, puede vernos a todos.

Semejante a esta leyenda es la que nos relata cómo María, que en su acercamiento a los humanos vivió mucho tiempo en la cercana parroquia de Mouricios, donde existe una roca que todavía guarda vestigios, huellas podiformes, de su estancia o paso. Como en el caso anterior, no pudo resistir los enfrentamientos verbales de las vecinas y se alejó hacia la sierra. Igual, en el fondo de esta visión, tenemos la que nos sitúa en el Penedo da Cruz, piedra oscilante, enclavada en las cercanías del pueblo de Erosa, que otros dicen Arosa o Edrosa, o incluso Arousa, perteneciente a la parroquia de Adá. La Virgen tuvo que huir de nuevo a causa de los altercados entre las comadres. Siguiendo otra versión, las mujeres pendencieras proceden del lugar de Portugal, en la parroquia de Muradelle, próxima a las ya citadas.

Otros relatos ponen su acento en el parentesco de las advocaciones. Así se nos cuenta que la Virgen vivía con otras dos hermanas o que las tres aparecieron juntas en el monte de Alledo, un paraje cercano al monasterio de Oseira. Un día optaron por separarse para el mejor servicio de Dios. Se fue la primera a la cumbre del Faro; eligió la segunda una ermita en la Pena de Francia, en el concejo de Dozón; y puso sus reales la tercera en la iglesia de la Magdalena. Similar a ésta, nos cuenta otra, que eran dos hermanas que abandonaron por idéntica motivación la sie-

rra de A Martiña, asimismo en las proximidades de Oseira. La del Faro escaló las más altas cumbres, *onde non se escoita nin home rifar nin galo cantar*, y la de Pesqueiras se fue a las riberas abruptas del Miño, fijando su trono donde más tarde se erigió un monasterio de monjas.

Otros relatos o consejos hacen hincapié en el robo de la imagen, o mejor dicho en su aprobación por otras parroquias limítrofes. Así un reducido número de vecinos de la inmediata parroquia de Camba, de Santa Baia, en fecha indeterminada y aprovechando la oscuridad de la noche, forzaron las puertas de la ermita y cargáronla en un pollino. A la altura del cerro conocido como O Mirante el animal se paró de modo misterioso, sin que los porteadores pudieran hacerle avanzar. En esto estaban cuando como un milagro las campanas de la iglesia de Requeixo comenzaron solas a repicar haciéndolo sin descanso. Alertados los vecinos subieron a la ermita, encontrándose con las puertas abiertas y el sitial de la imagen vacío. Ansiosos se pusieron a buscarla, hallándola escondida en un tojal en dirección a Rodeiro.

Existe otra narración similar, si bien referida al pueblo de Penasillás, en la parroquia de A Laxe, que el poeta Gómez Ledo realiza en uno de sus poemas. Hemos oído contarla, pero opinamos que procede del poeta ya citado y no del pueblo, que siempre que habla de robos alude a los vecinos de Camba, debido a las disputas que éstos mantuvieron por pretender la posesión del Faro.

Bien distinta es la versión que repiten los romeros procedentes de las



Devotos, de rodillas, por la cuesta de la Virgen.

tierras de Taboada, concejo que también confina con la sierra. Las brujas de Moure en una de sus reuniones, aquelarre concorde, se conjuraron para hacer desaparecer la imagen. Enterada la Virgen por unas mujeres piadosas se alejó con la debida antelación, cogiendo la ruta del norte. Cansada del largo y penoso camino llegó al castro de Moreda, en las inmediaciones del palacio de Taboada. Rendida por el sueño se acostó encima de una peña. Cuando al rayar el alba prosiguió su huida, en el peñasco quedó grabado el contorno de su santo cuerpo.

De raíz culta es la tradición de que en el lugar de A Matanza, de la parroquia de Furco, el monarca Alfonso el Casto derrotó a un formidable ejército de moros, gracias a la protección de la Virgen del Faro. Así lo recoge Fabián Nogueira en los *Gozos*, quien afirma que la libertad de las doncellas fue allí adquirida. Otra variante narra que este favor de Nuestra Señora recibió del rey cristiano el hecho de edificarle cerca del campo de batalla una torre y una ermita. Naturalmente, el rigor histórico se aleja bastante de esta versión.

Fabián Nogueira recoge otro hecho de apropiación, que sin duda fue tomado del pueblo. En cierta ocasión los monjes de Oseira trataron de trasladar la imagen al monasterio sin el consentimiento de los vecinos, bien para prestarle más lustre al cenobio, bien para quitarla del abandono en que se hallaba. Para ello alegaban determinados derechos que podían corresponderles por las rentas o *cornados* que percibían en la parroquia de Requeixo. Como se puede imaginar, los bueyes que portaban tan preciada carga se pararon en el Pedrón, un peñasco en el que existió un cruceiro, por lo que monjes y lacayos desistieron del empeño. Sitúan otros el portento en A Pena da Ferradura.

El citado cronista presenta una versión más, de corte monacal, afirmando que la iglesia parroquial, de estilo románico, fue edificada por los monjes templarios, con lo que éstos también levantarían la ermita, aunque la deducción, como se ve, no tiene base alguna, ni estilística ni histórica, ni afecta para nada a la antigüedad de la ermita.

Con la invasión musulmana parece tener alguna relación el hecho que se nos cuenta, por personas cultas en este caso, de que la imagen estuvo mucho tiempo oculta y olvidada, siendo la luz, una luz, el «Faro», lo que permitió su hallazgo por parte de unos pastores que guardaban sus rebaños en la cumbre de los montes.



Con sus pañuelos tocan la imagen de la Virgen.

Allí donde el resplandor brillaba se pusieron a cavar, encontrando el tesoro inesperado. A lo cual añade Fabián Nogueira, quizá para recalcar la sacralidad del Monte, el hecho de que un rey que tenía su corte en la ciudad de Ourense, ante el temor de la depredación musulmana, salió de palacio con todas sus alhajas, escondiéndolas en el espesor de las montañas del Faro. Una noche varios individuos intentaron desenterrar el tesoro, pero se levantó una niebla y un aire que los «esparció» no pudiendo encontrarse unos a otros.

Otros prodigios, que ya entrarían en el capítulo de los «milagros», se refieren al amparo que la ermita presta a las reses que pastan en el monte. Confían los vecinos en que los ganados no padecen daño alguno ni de lobos ni de otras fieras, si se guarecen en el atrio o en el cerco, o mejor si se refugian dentro del edificio. Otro caso curioso que observan es el de que para obtener buenas cosechas de grano, deben ofrecer alguna cantidad a la Virgen, y luego de los sacos que contienen la limosna separar algunos granos sueltos, que luego mezclan con los que van a sembrar.

El personaje, en efecto, ha sido sublimado y sigue siéndolo. Una *can-*

tiga popular proclama que *por onde a Virxen do Faro pasa, non hai mal sen resolver*. Es el talismán que nunca falla y que brilla con el esplendor que el pueblo jamás le niega.

RITUAL DE ROMERO

Son varios los caminos que acceden al santuario, si bien el más importante es el que sale de la parroquia de Requeixo. Por él sube una de las imágenes que aquí se veneran. Por él asciende el mayor número de romeros procedentes de la zona de Chantada. Antes de bordear el penúltimo tramo de la subida, a él se une el que procede de las tierras de Taboada, que con anterioridad pasa por el santuario de la Virgen de Gordón. Otra de las veredas principales es la que afluye del valle de Camba, que recoge todos los devotos del partido de Lalín, comarcas del Deza y de Trasdeza, y también de Oseira, por parte orensana. Otro camino asciende por los montes de Furco o vertiente meridional.

Actualmente las carreteras hacen posible que los fieles lleguen a las puertas del santuario sin esfuerzo ninguno, lo que rompe de algún modo la singularidad de la fiesta, o por lo menos lo que llamaríamos ritual previo o preparatorio, o también ritual de la ascensión. No cabe duda que lo fundamental, la práctica religiosa, se desarrolla de modo preferente dentro de la ermita o en su entorno, y que por lo tanto cualquier romero la puede observar y cumplir escrupulosamente. A su lado, otros ritos continúan conservando la atención de los fieles, aunque no todos los practiquen. Agrupemos, pues, estas prácticas, litúrgicas o no, en cinco estaciones o momentos: la subida, el camino de la Virgen, la misa, la procesión y la fuente.

La subida. Antaño siempre se hizo a pie y rara vez descalzos por la presencia de tojos en los senderos. Algunos subían a caballo, aunque este medio se reservaba para el transporte del vino, comida y efectos para la venta. Recuérdese que en ocasiones se celebraba feria de ganados. Con frecuencia los devotos de las parroquias limítrofes, los más entusiastas, permanecían arriba durante los festejos, teniendo que hacer noche en la propia ermita o a la intemperie. Ascendiendo de Requeixo los ofrecidos se encontraban en una fuente «milagrosa», la llamada *O Rego da Ortiga*, que tiene su copla, y lo que es más importante, su poder curativo en dolencias del vientre, como lo posee la conocida como de

Sanabarrigas. Mucho más abajo, los que pasaban por Gordón, tenían *A Fonte dos Meniños*. Tiempo atrás, no sé si todavía hoy, las madres introducían a sus niños enfermos en el charco portando una vela encendida. Si no se apagaba, señal era de recuperación; si lo hacía, síntoma de todo lo contrario. Otras fuentecillas surgen en los recodos y de las cuales el romero procura probar: todas proceden de la ermita.

El camino de la Virgen. Antes de coronar la cumbre hay que salvar un repecho, que se hace por una franja de monte cubierta de césped, en la que no aparecen ni el abrojo ni otras plantas ericáceas ni mucho menos la aulaga. El manto herbáceo se extiende por el campo que circunda la ermita, pero no con la limpidez de la vereda. Es lo que se conoce con el nombre de El camino de la Virgen, que todos los que han hecho una promesa importante recorren de rodillas. Todos tenían que subir por él, porque era el acceso más viable. Y la mayor parte lo sigue haciendo, y con devoción. A los lados se sitúan los mendigos y lisiados, que con su aspecto procuran conmovir la generosidad de los fieles.

Para los romeros el camino o cuesta de la Virgen es un puro prodigio que les regala como prueba de afecto y con la finalidad de que no se hagan daño en el ascenso o cataris. Y su origen arranca de cuando María puso aquí su pie, siendo ésta la ruta que tuvo que recorrer, cansada del largo viaje que desde el Oriente realizó. Durante la mañana es un hervidero humano, un desfile ancestral. Hace aún muy pocos años se colocó un Vía Crucis, dando así a la cuesta un sentido más penitencial. Es en boca de los poetas la alfombra de flores que el *santo monte* pone delante de la ermita, y un rosario de cuentas ensartadas al pie de su excelso manto. Por costoso es uno de los momentos de más tensión de la romería.

La misa. Hasta hace bien poco los cultos litúrgicos tenían lugar dentro del templo, si se exceptúa la procesión. Actualmente las misas más concurridas se celebran al aire libre, al amparo de un típico cobertizo de piedra, frente al que se coloca la imagen de la Virgen. Al templo llegan los romeros conteniendo su entusiasmo, y en sus manos un ramo de flores, una o dos velas y un hatillo con el *xantar*. Suelen venir en familia y en el santuario asisten a todas las misas. Muchos confiesan y comulgan y todos pugnan por situarse junto a una de las imágenes del Faro.

A lo largo del siglo XVIII las limos-

nas que se recogían dedicábanse a dos fines específicos: la conclusión de las obras del templo, entonces en construcción, y los sufragios de las benditas ánimas. En especie ofrecían centeno, lino, lana, corderos, cabritos, pollos y otras dádivas. Hoy han disminuido éstas y han aumentado los estipendios de misas.

Alguno llega con su hábito o túnica de difunto, con su mortaja, de color blanco, azul o negro, como ofrenda por haberle librado la Virgen de alguna enfermedad o peligro que lo puso en trance de muerte. Lo visten durante la misa o en la procesión o simplemente lo llevan en la mano, para luego entregárselo al rector del santuario, que suele subastarlo. Este rito está a pique de desaparecer.

Otro rito más: el de tocar o rozar con un pañuelo la imagen, que luego los enfermos pasan por la parte afectada. Un acto bastante generalizado, que se ejecuta aunque no se solicite curación alguna. Es más que nada un medio preventivo, que alejará cualquier riesgo. Téngase en cuenta que la mayoría de los ritos son preventivos.

Existe constancia de que hubo exvotos de cera, pero no se conservan, en parte por la dureza del clima, también por el aislamiento del santuario. Hay quien da vueltas alrededor de cualquiera de las imágenes, simulando una procesión individual. A la Virgen se la invocó en tercianas y cuartanas, así como para lograr partos felices o para librarse de hechizos o medios diabólicos, en cualquier necesidad.

La procesión. Si la misa es el acto central del santuario, la proce-

sión es el complemento que la realiza. No decimos nada nuevo, pero permítasenos repetirlo a fuer de objetivos. Recordemos a este respecto lo que afirma el antropólogo Mariño Ferro: «dando una vuelta alrededor del santuario, la imagen sacraliza todo el entorno geográfico». Consciente o no, el pueblo vuelca todo sus fervor y emotividad en este desfile, en el que es imposible observar un orden y seguir unas formalidades. Todos luchan por acercarse a la imagen, por tocarla nuevamente, por portearla... Algunos cuelgan billetes de su manto, recamándolo de dinero. Tratan otros de avanzar arrodillados debajo de la Santísima Virgen o en su entorno.

Delante va la cruz parroquial, y el pendón, y a continuación de la imagen los sacerdotes oficiantes, y detrás la banda de música, y los fieles. Desde siglos atrás se tiene constancia de la actuación de un grupo de gaiteros, e incluso desfilaban los danzantes, que hoy ya no lo hacen. Pensamos que esta danza era similar a la que todavía se ejecuta en otros santuarios del país gallego. En cambio la gaita no ha dejado de sonar. En el aire estallan los cohetes y la imagen entra en el hogar de sus dulces sueños. La banda ofrecerá en el atrio su concierto.

La fuente de la Virgen. A un tiro de piedra de la ermita se encuentra un manantial de aguas frescas y cristalinas. La fuente, que es de piedra granítica, fue restaurada el año 1718, según otros en 1778, y recientemente se coronó el frontal bajo con una escultura pétreo de la Virgen. Fabián Nogueira nos cuenta que «de



La multitud de devotos durante la misa.

ella se aprovechan muchos para desterrar los gusanos de sus hortalizas y también sus enfermedades, por lo que deja cada uno la limosna que le parece, y lo que admira más es que algunos dejan allí a beneficio del que la encuentra, lana, lino, dinero y tal vez tocino». Hoy en día esta costumbre ha desaparecido, pero en cambio nadie deja de pasar por la fuente para beber el agua allí mismo y llevarla en botellas u otros recipientes para sus hogares como remedio para sus dolencias o porque un vecino así se lo ha pedido. No es infrecuente encontrarse con personas que en el mismo sitio lavan sus heridas y partes enfermas una y otra vez, y sin descanso.

Siguiendo una tradición no muy extendida el santuario primitivo estaba al mismo pie de la fuente.

EL DÍA GRANDE DE LA VIRGEN

Todo este «ritual» corresponde por excelencia al día grande, al 8 de septiembre. La subida de la imagen de abajo tiene lugar la víspera, a la que asisten al párroco, los feligreses de Requeixo y otros fieles del contorno. Le llevan a hombros vecinos de la parroquia, o los que se ofrecen, a lo largo de los cinco kilómetros que separan la iglesia del santuario. Hace algunos años que la Virgen viaja en un tractor engalanado, que un feligrés ofrece desinteresadamente. La introducen en la ermita, ocupando un camarín en el centro de la nave principal. Como las solemnidades suelen celebrarse en la parte exterior del templo, el día 8, en hora muy temprana, la sacan y la colocan en un poyo delante del capillín. Con el mismo ceremonial que subió baja el día 9 a la caída de la tarde.

A la fiesta de septiembre, que se conoce con el apelativo de *a grande*, hay que añadir o *Faro pequeno*, que tiene lugar el día 15 de agosto. No sube la imagen de abajo, si bien la concurrencia, que tiempos atrás no era tan numerosa, está aumentando e incrementándose de día en día. El florecimiento se debe a la presencia de emigrantes, que por esta fecha se encuentran de vacaciones y pueden asistir aprovechando una jornada de asueto. Otra de las causas reside en la comodidad de los accesos por carretera. En el espacio de una hora o poco más los fieles de los alrededores pueden desplazarse al Faro y asistir a una misa, sin que el viaje les impida estar presentes a la fiesta de su pueblo, pues el día de la Asunción son muchas las que se celebran en los municipios cercanos.

Al filo del mediodía los romeros van acomodándose en los rincones más abrigados para tener la comida o *xantar*. Situándonos en pleno siglo XVIII sabemos que en tal día se conducían en carros las pipas con vino, pan, frutas, hierba seca para las caballerías y otros alimentos, cocciéndose en calderos los castrones, sardinas y otros pescados, habiéndose consumido algunas veces 200 canados de vino, es decir, más de ocho mil litros. Eso no impedía que la mayor parte de la gente trajese de su casa el bocadillo, ya que su situación económica no daba para más. También consta que algunos devotos ayunaban ese día, el de la Natividad de María.

Los tenderetes con los comestibles se colocaban, lo mismo que los comensales, al abrigo de una hondonada, conocida como el *Campo das pipas*, al que hacen referencia varias coplas del cancionero popular. Hoy se extienden además por toda la explanada de la ermita. La alegría y el jolgorio llenan de entusiasmo la sobremesa, como un rito de «necesidad satisfecha y resarcida». Sin embargo, el santuario nunca se ve vacío.

ERMITA, IMAGEN Y GOZOS

Por su volumen la ermita se aparta del que suelen tener los templos edificados en zona descampada. Ni es tan reducido como éstos ni alcanza las proporciones de los grandes santuarios. Ofrece planta de cruz latina, con la singularidad de que al exterior semeja una *tau*, por ocupar el espacio entre sus brazos la sacristía y la *cafúa* o casa de las limosnas. No es de gran altura, no tiene torre, ni siquiera espadaña, y el tejado con poca inclinación, todo para eludir los efectos del vendaval. Apenas posee valor artístico, si se exceptúa la fachada con sus estribos, frontón y placas ornamentales. Cubre el ábside bóveda de cañón y la nave se refuerza con arcos fajones. Asentada en el rellano semeja una nave invertida con la proa mirando al oculto Finisterre. Es obra del siglo XVIII, restaurada en el primer tercio del XIX.

Es de madera la imagen que se venera en la ermita, del tipo de Inmaculada con tres cabezas de ángeles en la peana. Como en la iglesia de Requeixo, la parroquial, existe otra imagen del Faro, de medio cuerpo y por tanto vestida, a la de arriba se la conoce como *a nai*, *a vella*, en tanto que a la de abajo se la denomina *a filla*, *a nova*, o *a da oitava*. Con estos apelativos el pueblo distingue, con amor y respeto, dos representacio-



El desfile por la fuente de la Virgen es incesante.

nes de la misma advocación, incapaz en cierta manera de identificarlas. No presentan gran antigüedad y consta que en el siglo XVIII sólo había una imagen, la que estaba en la ermita.

Se conservan los *Gozos a Nuestra Señora del Faro*, compuestos por un devoto e impresos en Santiago el año 1774, en la imprenta de Sebastián Montero y Fraiz. Devoto que no puede ser otra persona que el entonces párroco de Requeixo, conclusión que se deduce de la lectura reposada de la *Historia cronológica* que él mismo escribió. Figuran los Gozos en una hoja en folio, impresa por un solo lado y a dos columnas. Se embellece con orla tipográfica y se corona con un grabado de la Inmaculada, que no es por supuesto ninguna representación de la original, sino que procede de alguna lámina existente en el taller del impresor.

Constan de estribillo, del tipo de los que rezan *pues sois tan milagrosa*, y doce estrofas, sextillas de arte menor con rima especial. Lo que más se ensalza en sus versos es la victoria sobre los moros que la Virgen deparó. Todo lo demás es una alabanza del monte con sus producciones, de la torre que en él se levantaba y de la propia Señora, que «es del mundo la estrella más lucida». El himno continúa entonándose hoy en día, a pesar de que ni la letra ni la melodía merecen por su escasa calidad ser recordadas. No se conoce, sin embargo, novena anterior al año 1950.

ECOS LIRICOS Y FESTIVOS

En el auto de visita de 1789, inserto en el *Libro del Santuario*, se le or-

dena al cura de Requeixo que no escriba libros, ni publique milagros sin licencia del obispo de Lugo, y que le envíe todos los papeles de canciones, noticias y otros asuntos que tengan relación con la Virgen del Faro. Por lo que se ve existía ya entonces una interesante tradición de carácter literario, bien de origen popular, bien de procedencia culta, que en parte se habrá perdido a causa de los avatares por los que tuvo que pasar el culto en la ermita, alrededor de ese año y en épocas posteriores.

Esta tradición podemos llevarla al siglo XIII, gracias a las cantigas del trovador Xoán de Requeixo. Sus cinco trovas o composiciones, todas aludiendo expresamente al Faro, se conservan en el *Cancioneiro* de la Biblioteca Vaticana y en el Colocci Brancutti. Pertenecen al género de las de *amigo* o de *namorados*, y podrían integrarse en un subgénero llamado de *romería*. El de Requeixo es un romero de siempre, como lo es su amada, a quien su madre le ordena subir al Faro, a *facer oración* y a *ver o voso amado*. Veamos cómo comienza la estrofa inicial:

*Fun eu, madre, en romaría
ao Faro co meu amigo
e veño del namorada
por canto falou connigo.*

Puntual siempre, el pueblo ha sido el mejor cantor de la romería, como sucede en otros santuarios de renombre. Muchas coplas, y su música, se habrán perdido impulsadas por otros aires extraños. Sin embargo, algunas han llegado hasta nosotros, y todavía se siguen recitando, que no cantando. Replegadas en la pura devoción individual, hay ya que

acercarse a las personas de más edad para escucharlas. Pero perviven y se han recogido las existentes. Entre ellas esta que dice:

*Cando a Virxe chega ó Faro
e entra leda na ermida,
canta o melro, canta o toxo
e canta o Rego da Ortiga.*

El santuario, en nuestro tiempo, lo supo cantar con entusiasmo el sacerdote y escritor Gómez Ledo. Como buen chantadino subió muchas veces al Faro y como poeta le consagró un libro de versos, el *Cancioeiro da Nosa Señora do Faro*. Poetas más recientes, sobre todo los originarios de la comarca, le han dedicado algún poema. El mismo Monte, con su carga histórica y atávica, se reviste de luz en boca de los vates, de Xosé Lois García por ejemplo, que pone en su salmodia *unha bandeira de redención*.

NOTA AL LECTOR

Decidimos prescindir de las notas para comodidad de nuestros lectores. No obstante conviene indicar que casi todas las alusiones al siglo XVIII están tomadas de la

Historia Cronológica. Durante casi veinte años hemos tomado parte activa en los actos del santuario, por lo que nuestras observaciones suelen ser directas. Por otra parte procuramos omitir en la bibliografía cualquier obra de carácter etnográfico o antropológico, al ser éstas bien conocidas de los interesados por el tema.

FUENTES

Libro del Santuario, ms. en cuarto, año 1727 y ss.

Historia Cronológica del Faro, ms. en cuarto, año 1774, suscrito por V. Fabián Nogueira.

BIBLIOGRAFIA

García, X. L.: *Do Faro ó Miño*, O Castro, 1979.

Gómez Ledo, A.: *Cancioeiro da Nosa Señora do Faro*, Madrid, 1953.

Gómez Montero, A.: *Chantada, Corazón de Galicia*, León, 1991.

Rielo Carballo, N.: *A Romaxe do Faro*, Vigo, 1978.

Rodríguez Osorio, M.: *Novena*, O Ferrol, 1955.

Seijas Vázquez, A.: *La Ermita del Faro...* Lugo, 1965.